Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Hace novecientos años se fundaron la diócesis de Stavanger y la ciudad de Stavanger. Aprovecho esta ocasión para felicitar a la obispa Anne Lise Ådnøy de la Iglesia de Noruega, y a Cille Ihle, presidenta del Comité de Cultura, Deporte y Diálogo Social del municipio de Stavanger, por este jubileo, y para agradecerles que nuestra parroquia en la ciudad haya podido participar y contribuir a las celebraciones. También es una alegría compartir este día con el antiguo deán Tormod Wasbø, quien durante muchos años ha promovido la celebración de San Suithun en la ciudad y que es canónigo honorario de la catedral de Winchester.

El santo patrono de la ciudad, San Suithun, fue obispo. La historia de la Iglesia lo recuerda como un pastor ejemplar y extraordinario. Las lecturas de esta misa presentan las cualidades esenciales que debe tener todo pastor. Todas ellas reflejan al "Buen Pastor", nuestro Señor Jesucristo. Un buen pastor trabaja incansablemente por sus ovejas: "buscaré a la oveja perdida, traeré a la descarriada, vendaré a la herida, fortaleceré a la enferma, protegeré a la fuerte y robusta; las apacentaré con justicia" (Ez 34,16). No actúa en beneficio propio, sino que cuida al rebaño con entrega desinteresada. "Apacentad el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, no por obligación, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa" (1 Pe 5,2). Y su ministerio pastoral no es obra propia, sino que se fundamenta en la llamada, la gracia y la ayuda de Dios: "No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca" (Jn 15,16).

Las representaciones del santo lo muestran como obispo, igual que la estatua que tenemos aquí en la iglesia. Es precisamente bajo esta estatua, en el altar lateral, donde se expondrá la reliquia procedente de Évreux para nuestra veneración y oración (cf. SC 111). Las reliquias sagradas son el cuerpo o partes significativas del cuerpo de un santo, sus pertenencias personales o vestimentas, o bien objetos que han estado en contacto con su cuerpo (cf. Directorio sobre la Piedad Popular, 236).

La veneración de reliquias y la devoción a los santos son expresiones muy antiguas de la tradición latina —es decir, occidental— de la Iglesia. Pero las reliquias se fundamentan en una verdad de fe aún más antigua. Desde el principio de los tiempos, el Padre ha tendido su mano hacia la humanidad utilizando lo creado, lo concreto, lo físico —la misma creación— (cf. Catecismo 54). Porque todo lo creado —que Dios hizo de la nada y vio que era bueno (cf. Gn 1,31)— remite a Dios, y por medio de lo que es familiar al ser humano, Dios se da a conocer. Por eso el Padre utilizó el fuego, el agua y la tormenta en el Antiguo Testamento para educar al pueblo de Israel en la fe. Por eso el Hijo —nuestro Salvador y Señor— utilizó el agua, los frutos de la tierra, el pan y el vino para revelarnos la grandeza de Dios y su plan eterno de salvación (cf. Catecismo 65).

Esto no terminó con Jesucristo. Desde los primeros tiempos de la Iglesia, el Espíritu Santo ha guiado el desarrollo de la fe, definida por los papas y los concilios. El Espíritu Santo también ha inspirado a los pastores de la Iglesia en la configuración de la liturgia, la piedad popular y todo lo que brota de estas expresiones fundamentales de nuestra pertenencia a Cristo (cf. Catecismo 98).

Por eso, nuestra vida litúrgica y devocional está impregnada de lo concreto, lo creado, lo físico, y todo ello apunta a Dios y dirige nuestra atención hacia Él (cf. Catecismo 1145–1148). Por eso arde el incienso y brillan las velas para dar más fuerza y claridad a nuestras oraciones. Por eso

peregrinamos y recorremos el Vía Crucis, caminando con el Señor hacia sus misterios. Por eso contemplamos y oramos ante las estatuas y reliquias de los santos: para fortalecernos en la vida cristiana y avanzar en nuestro camino hacia la santidad. Todos estos son medios que ayudan en la vida de fe; nos forman en la recta comprensión de Dios y en la fe en Él. El poder y la majestad de Dios, su gracia y su amor son tan grandes que Él se sirve también de las cosas creadas para obrar nuestra salvación eterna.

Además, el ejemplo de los santos y sus reliquias debe suscitar en nosotros celo y esfuerzo por el Reino de los Cielos. Cada santo y cada fiesta en su honor dan testimonio de cómo el plan de salvación de Dios actuó en una persona concreta (cf. Directorio sobre la Piedad Popular, 229), y cómo puede actuar también en nosotros. Por eso cada santo debe "interpelarnos". Al encontrarnos con un santo, cada uno de nosotros debe mirarse a sí mismo y preguntarse: ¿Qué estamos haciendo con nuestras vidas? San Suithun, obispo y pastor fiel, entregó su vida a los fieles, a los pobres. Rezó por sus enemigos, por los enemigos y asesinos de su pueblo. Vivió según las palabras y el ejemplo de Jesús. ¿Y nosotros? Pedir la intercesión de un santo, rezar ante su estatua o su reliquia nos pone cara a cara con la santidad —en una persona concreta— y debe suscitar en nosotros conversión de nuestros pecados y una búsqueda más profunda de la santidad en nuestras vidas.

Que la pequeña reliquia del santo obispo y patrono de Stavanger, que ahora tendrá su lugar en nuestra iglesia, nos ayude a fijar nuestra mirada en Dios y a permitir que nuestras vidas estén cada vez más marcadas por su obra, su ley y su santidad.